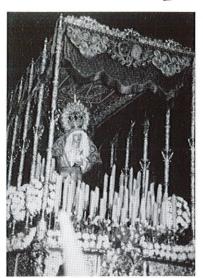
Esperanza



M. A. LÓPEZ BURGOS

Dentro del conjunto de palabras que forman el caudal de un idioma existen algunas que, a semejanza de lo que ocurre con ciertos seres, tienen un don especial gratuito, una especie de carisma que les otorga poderes de sugestión, de fascinante atractivo por la idea-frecuentemente difusa y poco comprendida- que contienen o representan.

Tal sucede con "libertad" o con "esperanza", por ejemplo. A causa de los ilusionantes sentimientos que suscita la primera -confusos, vagos, inconcretos, dificílmente realizables en un mundo tan sometido a presiones y manipulaciones- se ha vertido tanta sangre y derramado tantas lágrimas, que debiera haber perdido ya su fragilidad e inconsistencia.

No ocurre eso con la segunda. La esperanza tiene consistencia real, arraigo férreo en la conciencia de toda persona y desprende energía tan fuerte como para mantener encendida la ilusión del hombre, pese a los avatares adversos, a los infortunios, a los zarpazos con que la vida, en ocasiones, desgarra nuestro cuerpo y nuestra alma.

La esperanza -convencimiento de que nuestros deseos son posibles- es como el combustible que mantiene en marcha el motor que nos impulsa y conduce hacia la meta que, en la lejanía cual rutilante estrella, nos atrae y seduce con sus brillantes guiños. Sin ella, sin la esperanza, el mundo sería algo penoso, duro, incómodo, incomprensible. Sobre todo cuando inquirimos el para qué de todos los esfuerzos, sinsabores e inquietudes que el hecho de vivir comporta y buscamos su sentido. Sin la esperanza -fruto de la fe- todo se ensombrece y adquiere el desagradable tinte trágico de lo absurdo; poque no hay tragedia mayor que no entender el fin para el que nacimos y existimos, es decir, cuando nos olvidamos de Dios. Sólo Él es capaz de despejar las nieblas de nuestra torpe inteligencia y, con su luz ahuyentar las oscuridades que nos rodean y hacen temblar; sólo Él puede eliminar la angustia que nos oprime, otorgándonos la virtud de la esperanza. Eso es lo que nos sugiere y ofrece, cada año, la Semana Santa.

MIGUEL MOLINA RABASCO